

“Tales pensamientos” se dan inconscientemente. Son simplemente acogidos, no sabemos cómo. De oscuras fuentes y por canales desconocidos se insinúan en la mente y, de manera inconsciente, se convierten en parte de nuestra estructura mental. De ellos son responsables la tradición, la instrucción y la imitación...Redundan en nuestro beneficio personal o van acompañadas de una intensa pasión. Esos pensamientos son prejuicios; es decir, ideas preconcebidas, no conclusiones a las que haya llegado como resultado de la actividad mental personal...Aún cuando sean correctos, su corrección es puramente casual, al menos en lo que concierne a la persona que los sostiene.

Jun Deje, 1933

Acerca del conocimiento del mundo, de los fenómenos físicos y sociales, de nuestros contemporáneos y amigos y de nosotros mismos.

Profesor Manuel Esteban

Universidad de Murcia

Resumen: Este documento pretende introducirnos sencillamente en la explicación psicológica de cómo se produce, en muchas ocasiones, nuestro comportamiento más habitual y cotidiano y es aplicable, en particular, a las razones, ocultas a veces, de cómo aprendemos, cómo enseñamos y cómo explicamos nuestra conducta y la de los más próximos a nosotros en esa actividad.

Este prolijo título no ha de inducir a insondables expectativas ni a elucubraciones complejas. Ha de servir simplemente para ratificar una obviedad -¿o no será tan obvio?- y es el hecho de que nosotros -cada uno de nosotros- tenemos un modelo mental de cuanto acontece a nuestro alrededor, de cuanto oímos o percibimos a nuestro alrededor, de cuantas experiencias hemos tenido conciencia y de cuantas personas han tenido alguna relación con nosotros. El campesino y agricultor tiene en su mente un modelo para explicar cuándo ha de llover y cuándo no e incluso cuáles son los fenómenos que presagian y “causan” la lluvia. El niño tiene su “explicación” de por qué cae una tiza o una bola al suelo si se suelta de la mano; la madre, de qué alimentos y cuidados son buenos o malos a sus bebés; el amigo encuentra una “explicación” a por qué le ha fallado o engañado uno de sus mejores amigos y cualquier chica o chico del universo, por qué su amigo íntimo -creo que ahora ya no se dice novio o novia- son las mejores personas del mundo. Y así, podríamos extender la relación indefinidamente para presentar ejemplos de que los humanos “construimos” explicaciones de las cosas y acontecimientos sencillamente porque es una necesidad la de vivir con la sensación de que sabemos lo que pasa y por qué pasa. Cuando no lo sabemos nos ponemos muy nerviosos, crece nuestra ansiedad y disminuye nuestro rendimiento y capacidad de afecto a nosotros mismos y a los más próximos. Sencillamente, así funciona nuestra mente. Cualquiera de nosotros podemos hacer el ejercicio de prolongar esta relación de ejemplos y casos en los que nosotros mismos “explicamos” muchas cosas sin haber estudiado las causas detenidamente, simplemente porque sí. Estas explicaciones no sólo se refieren al fenómeno sino que con frecuencia se dirigen también a sus causas y consecuencias.

Los psicólogos que siempre hemos tenido una cierta tendencia -no sé si en mayor grado que otros profesionales- a complicar lo obvio con explicaciones complejas o aparentemente difíciles -no siempre es fácil explicar lo sencillo- hemos llamado a esta constante de la mente humana a formar explicaciones de las cosas y las personas “conocimiento cotidiano” y a la configuración mental de tales conocimientos, “modelos mentales”.

En realidad y prescindiendo, por el momento, para el propósito de este curso de mayores elaboraciones teóricas las cosas suceden así en nuestra mente: A partir de la

experiencia cotidiana nos formamos “modelos o teorías” de cuanto acontece y vive a nuestro alrededor incluso de nosotros mismos, sobre todo de nosotros mismos. Estas teorías sobre las cosas, de origen experiencial, nos sirven para comprender y aprender cuanto nos rodea y cuanto nos sucede internamente. Y las aplicamos, de manera repetitiva y constante, a cada paso. Esta repetición genera unos “esquemas”, automáticos e inconscientes, que desencadenan siempre las mismas teorías ante todo lo que tenga las características o apariencias equiparables a los modelos. De este modo se explican, no desde luego con la perentoriedad con que lo estoy desarrollando yo aquí para nuestros propósitos, los procesos de inferencia y categorización social en virtud de los cuales formamos, sin ser conscientes necesariamente, juicios, opiniones, estereotipos, prejuicios, etc. sobre realidades o fenómenos de nuestro entorno.

Pero lo más importante y lo que mayor implicación tiene para lo que estamos trabajando es el hecho, hoy científicamente comprobado, de que estas teorías que, por su carácter inconsciente e involuntario, llamamos “implícitas” orientan, conducen o dirigen nuestra conducta en consonancia con los contenidos de las mismas. Es decir, si alguno de nosotros creemos que alguien o algo nos puede traicionar, ser nocivo, etc. nos apartaremos de él o ello, lo evitaremos y, al contrario, si esperamos, en virtud de nuestra teoría, que alguien nos puede favorecer. Los ejemplos los podemos poner cada uno de nuestro amplio repertorio. Es decir, las “teorías implícitas” orientan nuestra conducta.

Pero, a lo largo de la vida, vamos conociendo nuevas cosas, aprendemos cómo funcionan ciertos fenómenos, adquirimos conocimientos declarativos sobre muchas cosas de las que teníamos teorías implícitas previas. Es el momento en el que se puede producir un cambio en los elementos de nuestros modelos o teorías previos y estamos en condiciones de modificar no sólo los elementos cognitivos e “ideacionales” de los modelos sino también, y sobre todo, nuestro comportamiento, nuestra manera de reaccionar espontáneamente ante la realidad afectada por el nuevo conocimiento adquirido. Si se produce este “cambio conceptual”, se habrá producido también un cambio comportamental, un cambio en nuestra relación y estilo de vida con aquella realidad. Así explica la psicología cognitiva el tránsito de un conocimiento cotidiano a otro científico o especializado. Éste es el proceso que ha de recorrer todo aprendizaje. Éste es el sentido del cambio educativo. En este sentido, la educación no es sólo –ni principalmente- adquisición, agregación de nuevos conocimientos y habilidades; es sobre todo cambio, cambio conceptual y cambio comportamental, sustitución de lo previo, lo implícito y lo cotidiano por lo nuevo, lo científica y conscientemente elaborado.

Ahora bien, no siempre sucede así. Los elementos conceptuales e ideacionales, los nuevos conocimientos, aún conocidos y reconocidos, no siempre llevan aparejado un cambio también comportamental. Es como si nuestras teorías implícitas quedaran agazapadas en un reducto inconsciente de nuestra mente, los correspondientes esquemas permanecieran latentes pero activos y nuestro comportamiento personal y profesional obedeciera más a los imperativos de nuestro modelo primitivo que a los conocimientos adquiridos mediante instrucción que, sin embargo, somos capaces de expresar verbalmente con corrección. Encomiendo también aquí la tarea de buscar ejemplos de esta última situación a cada uno. Las páginas de los medios están llenas de testimonios de tolerancia y multiculturalidad allí mismo donde aparecen alarmantes síntomas de xenofobia o racismo. Personas que defienden el diálogo para la resolución de conflictos abrigan inconfesables actitudes de maltrato, violencia o agresiones. Ejemplos de estudiantes de Física que resuelven complejos problemas de movimiento, aceleración, etc., y sorprendidos por una aparentemente inocente cuestión de su profesor “explican”

que los cuerpos caen “porque pesan” más que el aire. Profesores que concilian la defensa del constructivismo con el mantenimiento de un programa predefinido “pase lo que pase”; o utilizan la práctica de un “examen inicial” para atender al principio constructivista de partir de los “conocimientos previos”, etc.

Lo que quiero ilustrar con esta explicación cognitiva de nuestros modelos mentales es que nuestra concepción del aprendizaje –sobre la que vamos a trabajar estos días- puede estar vinculada a viejas teorías implícitas sobre cómo aprendemos y así, aunque hayamos estudiado y conocido otras explicaciones más acabadas y científicas sobre el aprendizaje, nuestras reacciones y actuaciones pueden corresponderse más bien a las primitivas concepciones que a las teorías más científicas aprendidas- e incluso defendidas- más tarde. Nuestras primeras experiencias e impresiones de aprendizaje son muy precoces; arrancan desde los primeros años, a veces preescolares. Desde entonces hemos oído y practicado cada uno un “estilo de aprendizaje”, unas determinadas exigencias y requerimientos de profesores, del sistema, de la familia, todos ellos creyéndose capaces no sólo de ayudarnos sino de imponernos una idea, una teoría, un modelo de qué hay que hacer para aprender, un estilo de cómo se aprende. Todas esas experiencias han ido modelando nuestras concepciones de cómo estudiar, cómo comprender, y cómo aprender. Finalmente, hemos elaborado un “modelo” para comprender cómo y por qué aprendemos o no aprendemos y esa teoría nos ha acompañado mucho tiempo. Se comprende fácilmente que una teoría tan arraigada y avalada por años de experiencias acompañadas de afectos positivos o negativos hayan calado muy hondo y no resulte fácil sustituirlas por aquéllas que hemos estudiado o aprendido siendo adultos en los libros. Ni que decir tiene que el efecto de estas concepciones cotidianas, inconscientes y no voluntarias, no afrontan ni resisten la confrontación con las explícitas y científicas que asumimos. Su fuerza persiste en lo oculto, en lo profundo, en lo inconsciente. Y persisten merced a que no es práctica habitual la reflexión sobre nuestras propias actuaciones sencillas, cotidianas y elementales. Como otros muchos poderes parásitos, que sean biológicos, cognitivos o morales, sólo persisten y sobreviven y se activan en la urdimbre de la suciedad, de la oscuridad, de la inconsciencia que las mantienen. La luz, la claridad, la limpieza, la conciencia y la reflexión sobre nuestras concepciones y teorías son la única fuerza capaz de producir el cambio conceptual que regenere nuestras prácticas, hábitos y comportamientos adaptándolos a un nuevo modelo del que explícitamente ya éramos adeptos.

Llegados hasta aquí, hemos de preguntarnos, ¿cuál es la relación entre las teorías implícitas, el aprendizaje y el entorno de la EaD? ¿Qué sentido tiene reflexionar sobre algunos aspectos de nuestra experiencia que posiblemente todos hemos superado?

Es mi convicción profunda que las citadas teorías se hacen más operativas en momentos de cambio, cambio en los sistemas educativos, reformas, niveles educativos diferentes, etc. E igualmente opino que la EaD, por muy moderna tecnología de que se sirva, puede estar inspirada por concepciones y teorías del aprendizaje y la enseñanza primitivas, implícitas, ocultas pero activas y operativas. Hay que producir y fomentar una reflexión y un conocimiento sobre los condicionantes de las prácticas y usos en EaD –también de las nuestras propias- para lograr un control cognitivo y consciente de las mismas al servicio de las concepciones explícitas elegidas.

La perspectiva en que nosotros nos situamos es la del cambio conceptual tanto del aprendiz en la situación de EaD, como del profesor en EaD, como del medio mismo y su uso. Para ello, desde mi perspectiva se necesitan varias condiciones:

- a. Detectar las teorías implícitas del aprendizaje y la enseñanza que están condicionando el uso de la EaD.
- b. Detectar las teorías implícitas con que aún podemos estar condicionando nuestro propio aprendizaje y nuestra enseñanza.
- c. Asentar una teoría del aprendiz en EaD, del aprendizaje en EaD y de la enseñanza en EaD atendiendo a las características peculiares de la propia situación y del contexto a distancia.
- d. Producir un conocimiento (metaconocimiento) sobre nuestros propios recursos de aprendizaje y enseñanza.
- e. En tanto que profesores o educadores en el entorno EaD, comprender el perfil del aprendiz de este medio, sus recursos, estrategias y estilos propios de aprendizaje y adecuar a ello nuestra práctica educativa.

Cuestiones acerca del aprendizaje y las teorías implícitas.

1. ¿Crees que en la vida social y personal se dan creencias que, sin darnos cuenta, afectan a nuestros comportamientos personales y con los otros?
 - Trata de hallar algunos ejemplos de tu propia experiencia.
 - O de la observación de los que sucede a tu alrededor.
2. Los psicólogos y sociólogos dan mucha importancia a comportamientos sociales que no obedecen a planteamientos explícitos y conscientes sino a teorías arraigadas en lo más íntimo que sólo la educación, la cultura y la reflexión pueden arraigar. ¿Cómo opinas que podría la sociedad favorecer ciertos cambios de comportamientos antisociales? ¿Crees que pueden tener su arraigo en ciertas creencias primitivas de las personas que ni siquiera reconocen tenerlas? ¿Cómo se les podría llevar a la convicción de la necesidad de cambiarlas?
3. En algún momento de la vida todos somos aprendices; en otros, somos educadores e incluso profesores y casi siempre las dos cosas a la vez. Por lo tanto, nuestra necesidad de contar con una teoría de cómo aprender y de cómo educar es muy perentoria.
 - Trata de sacar algunos elementos de lo que pueden ser teorías implícitas del aprendizaje o la enseñanza que todavía persisten en alumnos, en profesores, en padres...
 - Repasa tu propia experiencia como aprendiz, como educador, como profesor...
4. A veces las creencias cotidianas se agazapan también en los sistemas y en las prácticas educativas de las escuelas y de los métodos pedagógicos aparentemente científicos y bien fundados.
 - Trata de identificar algunas de esas prácticas que puedan estar más vinculadas a viejas teorías implícitas que a concepciones modernas sobre el aprendizaje.

MODELO EXPLICATIVO DE LAS TEORÍAS IMPLÍCITAS

